

Carmen Fernández Rey

# MALA YERBA

*Prólogo de*  
ROCÍO ARANA

SEVILLA **NÚMENOR** 2024

*PRÓLOGO:*  
**MALA YERBA**

**E**SA infancia a la que se vuelve y que se conquista cada día, la de alguien que abre los ojos y ve el mundo como es, supone la mejor arma para un poeta, pues es alguien que sabe mirar y admirar, asombrarse y agradecer en su obra, sin ceder al realismo sucio ni a una candidez vacía. Esta autora lo hace transitando el buen camino, el de la sorpresa y la interrogación:

*No sé si esa luz viene  
de fuera o es de dentro.  
No sé si serán ellos  
o mis ojos.*

Carmen puede vislumbrar el mundo radiante que muchos no alcanzan a pesar de que, o precisamente gracias a que, sabe ya bastante sobre el dolor. Se nota que estos versos son los de una persona madura, hecha, aunque en terrenos poéticos esté aún en los primeros y mejores balbuceos. Pues la inocencia no es sinónimo de ingenuidad, y justamente porque es real hay claroscuros en ella, como se ve en el poema «La balanza», que nos regala una de las más bellas metáforas del libro: «Tu alma pesaría toneladas de muertos».

Pero entonces brota esa luminosa piedad que rezuma en sus poemas, una extraña misericordia que quiere ver un mundo limpio en los espejos rotos, y dice aquello de:

*Que aunque tenga un gusano,  
no toda la manzana está podrida.*

Y es que la delicadeza convive en estas páginas con una apabullante ausencia de pudor que resulta encantadora, pues traduce cómo la poeta quiere mantener su deseo de decir la verdad. Una verdad desnuda, sin artificios, una verdad poética que es fruto de esa limpieza de mente a la que nos referimos al principio.

Siempre se ha dicho que los poetas son, somos, exhibicionistas..., pero en esta ocasión hay mucho más de entrega que de narcisismo, pues Carmen Fernández Rey se desnuda hasta el alma, sí, pero para entregársela a los demás y a ese mismo Ser con mayúsculas que le da la inspiración.

El otro rasgo de la poesía de Carmen Fernández Rey es la contemplación. Una contemplación *sotto voce*, agradeciendo los detalles, nacida de una sencillez sin artificios que transparenta la minuciosa enseñanza del gran José Mateos. Esa sencillez asoma en la aparente ausencia de recursos literarios, más allá de unas imágenes luminosas y casi naif, y en esos versos de arte menor en su mayoría que, además, están muchas veces quebrados. Carmen Fernández Rey es una poeta que afirma preguntando, que titubea para explicarse.

La suya es una poesía que se abre a la trascendencia, que parece jugar con la divinidad o soñar con ella, que la presente.

El Dios que se transluce en este libro es un «Dios blanco», en mayúsculas: un Dios que se esconde y a la vez busca y que no nece-

sita teologías porque recuerda una vez más a José Mateos y su «un dios que se concibe ya no es Dios».

Una presencia que es misterio, como en «Canción silenciosa», y que con su no ser ya nos está diciendo algo, al más puro estilo Cirlot y su «Lo no me comunica sus virtudes»:

*Con su no ser  
ya flota  
en el aire.*

Esta particular forma de ver las cosas linda con la metaliteratura, otro tema transitado por los grandes poetas y por esta poeta que ansía «llegar a lo más hondo / y desde allí brillar bajo las aguas», y que se baña en «la música que afirma y el silencio». Carmen trata, así, los temas universales que han preocupado a generación tras generación de escritores: Dios, el dolor, la poesía. Y lo hace a su modo intimista, en voz baja, en unos versos casi siempre de arte menor que dejan espacio al misterio: «es un pacto de amor entre nosotros».

ROCÍO ARANA  
(Mayo 2024)